



las palabras de Isaías, había un gran camino de Egipto á Assur, y los de Assur venían á Egipto, y los de Egipto á Assur, y que contaba entre sus cautivos, egipcios y etíopes (1).

En cambio, el tercer rey Ta-ra-ka (Tarkos), contemporáneo de Ezequías, el que la Escritura verídica hasta en sus detalles llama rey de Kusch, no se limita á afrontar las armas de los asirios, y en sostener al rey de Judá contra Sennaquerib. Triunfa con la ayuda del ángel de Dios, que hiere en una noche á 425.000 asirios, grande maravilla que la historia profana atestigüa con el velo de la fábula (2). Después somete la alta Nubia (3), lleva sus conquistas á la Libia y llega hasta el estrecho de Gibraltar. También se hace representar en el templo de Medit-Abu, teniendo en su mano las cabelleras de los vencidos, sobre los cuales levanta sus armas.

Por completa que fuera la conquista de la Etiopía, no pudo durar. Fué todavía, como en los primitivos tiempos, una ocupación militar, aceptada ó tolerada, pero sin precedente. La antigua raza se alzó poco á poco, pero por todas partes. Quizá en alguna apartada noma, y fácil de defender como el Delta de Sais, una rama de la familia faraónica había conservado una independencia disputada (4). Acá y acullá estallaron sublevaciones, felices para la mayor parte, de tal manera, que los etíopes evacuaron el Egipto. Ya fuera esto á virtud de una cosa imaginaria, ya bajo los golpes de pequeños príncipes insurrectos, poco importa.

El hecho es que los dos últimos Faraones etíopes dan fin á su reinado al pié de la Mon-

(1) Isaías, cap. XX, v. 4.

(2) Herodoto reconoce la dispersión milagrosa del ejército asirio; la atribuye á una multitud de ratas que penetraron en el campo enemigo, y royeron en una noche las cuerdas de los arcos y las correas de los escudos. Espantados y desarmados, huyeron los asirios.

(3) Se ha hallado una inscripción del vigésimo año de su reinado en el monte Baikal. Baudin; *Revue assyriologique*, *Tempora emendata*, pág. 42.

(4) Se cuentan, en efecto, dos reyes de una dinastía Saita, que reinaban colateralmente á los etíopes. Estos son Kasta y Remen-Cheper (Pian-Chi). Brugsch, *op. cit.*, pág. 246; y E. Desjardins, *Revista ya citada*.

taña Santa (el Gebel Barcal actual), y que ninguno de estos dos *Pian-chi* (1) ejerció poder alguno real fuera de la tierra de Kusch.

El Egipto era ya libre, pero estaba dividido; sus principales libertadores formaban una especie de liga de doce reyes iguales, una *dodecarquía*, como dice Herodoto.

La división del Egipto en principados no repugnaba, aun en tiempo de la décimaquinta dinastía; se tenían precedentes en los antiguos recuerdos y no se trataba más que de derribar la obra de los Ramsés. Doce dinastías pudieron, pues, subsistir todavía simultáneamente como en épocas anteriores, con la única diferencia de que hubo un poco más de orden. Pero Ramsés había sabido lo que había hecho cambiando todas las demarcaciones, creando treinta y dos departamentos, en vez de los antiguos nomos. Estos nomos no existían ya; los departamentos, unidos en doce pequeños Estados, no tenían carácter propio, y la unidad egipcia permaneció en lo sucesivo viva en medio de esta división. Los doce príncipes sintieron perfectamente la necesidad de la unión, y al efecto construyeron como un símbolo el famoso laberinto, cuyas habitaciones, en número de tres mil, mil quinientas subterráneas, otras mil quinientas á flor de tierra, se dividían en doce calles, contenidas en un mismo recinto de murallas. Hé aquí el edificio del nuevo Egipto; allí se reunieron las grandes asambleas, las *panegirias* políticas ó religiosas, en las cuales tomaron parte los doce nomos.

Todo esto, con un gobierno federativo, no duró más de doce años, y el laberinto subsistió como las pirámides, tan inútil y tan miserable. Estando reunidos los doce príncipes para un sacrificio, uno de ellos, Ba-lu-y Psam-tik (Psamético), que no recibía copa de oro, bebió en su casco; un oráculo había predicho la supremacía á quien bebiese en un vaso de cobre; el casco había llegado á ser el signo de la dignidad real, esencialmente militar, como se ve. Fué desterrado á los pantanos. Pero la diosa Neit, la antigua divinidad del Egipto, le pro-

(1) Los dos llevan el mismo nombre en los monumentos.



metió que sería vengado por «hombres de cobre que saldrían del mar.» Los griegos de Ionia y de Caria, cubiertos de armaduras de cobre, desembarcaron en Egipto. A pesar de las leyes, Psam-tik se sirvió de ellos para librarse de sus once rivales, y les dió después tierras en las orillas del Nilo. Al mismo tiempo, á fin de asegurarse y ganar prestigio, Psam-tik tomó por esposa á la princesa Schap-en-Ap, hija del último rey Saita, y se presentaba como el heredero de la monarquía nacional. La clase sacerdotal había aplaudido su proceder; la clase militar estaba colocada en su rango; la unidad, por tanto, se encontraba restablecida.

Además de esto se ha realizado un beneficio todavía mayor: el Egipto está abierto; sus puertos reciben naves extranjeras; viajeros del Occidente tomarán conocimiento de este imperio, cuyo seno había permanecido hasta esta fecha misteriosamente oculto á sus miradas. Los sacerdotes dirán á los filósofos que les visiten: «Vosotros no sois más que niños,» y tendrán razón. Pero si la influencia griega se extiende en Europa, la influencia griega penetra en el corazón de Egipto. Y penetra en él en tales términos, que exaspera el antiguo partido indígena, y una emigración considerable de guerreros abandona el campo de Elefantina, y va á llevar hasta Meroe el genio, la civilización y las artes, cuyos vestigios todavía en pié, causan admiración.

Psam-tik prosiguió su obra resueltamente. El inmóvil Egipto aprende las letras griegas; el rey confía á los sábios de Hellas la flor de la juventud de su corte (1), y las inscripciones griegas llegan á mezclarse con los jeroglíficos sacerdotales (2). Bien pronto el Egipto sale de

(1) Se formó desde entonces de estos extranjeros griegos una especie de intérpretes, que se dice existió hereditariamente y suministra todavía los actuales drogmanes.

(2) Hé aquí una curiosa prueba: sobre el templo de Isambul se lee en caracteres griegos arcaicos: «Cuando el rey Psamético vino á Elefantina, esto ha sido escrito por los que navegaron con Psaméticos, hijo de Téocles, yendo más allá de Kerkis, hasta donde da vuelta el río: el extranjero Doquetásimo, el egipcio Amasis, Damearchon, hijo de Amóbicos, y Pelefos, hijo de Oulamos, lo han escrito.» Brugsch, pág. 249.

sí mismo con Psam-tik, sin necesidad ni pretexto aparentes, por deseo de gloria y de conquista. Únicamente que ya no procede por expediciones en masas. Ha aprendido la nueva táctica, y también desde Sesostris se han formado Estados, allí donde antes no había más que países baldíos y tierras sin defensa; los fué rodeando de fortalezas. Quiso arrojar sobre la Fenicia, la Palestina, la Siria; encuentra á sus puertas una ciudadela, Azot, que embarga durante veintinueve años la constancia africana de Psam-tik. En fin, Azot es tomada, y Psam-tik muere (617); pero el genio griego, el genio comercial, viajero, de relaciones exteriores, le sobrevive.

A pesar de su afición por los extranjeros, Psam-tik se afirma como rey de Egipto. Por su mujer, pretendía la «corona blanca,» y por la madre de su mujer, Anerit, se apoderó de la «corona roja,» es, pues, dueño de los dos Egiptos. Al punto restablece el culto primitivo: Neit fué su protectora; restaura el Serapeon y hace embalsamar y sepultar el Apis-Osiris con toda la pompa y la magnificencia de anteriores tiempos (1). Además, la era de Psam-tik es una época de renacimiento para la escultura y para la arquitectura, las dos grandes pasiones del antiguo Egipto.

Por todas partes se manifiesta el vivo impulso que el rey da á los trabajos: en Sais, Tebas, Philæ, se erigen notables monumentos. Menfis recibe magníficas construcciones sagradas. La perfección se une al esplendor. El grabado de los jeroglíficos toma entonces una delicadeza admirable; las bellas estatuas se multiplican; se emplea con preferencia el basalto negro ó verde, esta roca de un grano tan

(1) Una estela muy curiosa descubierta por M. Mariette, indica que: «S. M. sagrada mandó restaurar el bello templo, hacer ejecutar las ceremonias prescritas para un Dios en el día de su entierro...» Y «ve aquí que el cuerpo divino fué embalsamado y envuelto en lienzos blancos de la especie llamada *soten*, y en cintas de divinidad. Los féretros eran de madera kid, de as y de las mejores maderas, y sus adornos representaban figuras humanas.» Brugsch, *op. cit.*, pág. 251. Ya hemos dicho, al tratar del culto de Apis-Osiris en el tomo I, que Psam-tik inauguró una reacción poderosa en favor de las ideas religiosas primitivas del Egipto.



fiño y de la cual saca un maravilloso partido el escultor cuando el cincel triunfa completamente de su dureza. Sin salir del tipo egipcio, los miembros de las estatuas adquieren más flexibilidad y verdad (1). El tipo hierático que había paralizado el vuelo del arte bajo los Ramsés comienza á desatar sus ligaduras, pero si en provecho de la belleza, perjudica en cambio á la grandiosidad; hay más habilidad, pero menos majestad.

Psam-tik había, pues, hecho grandes cosas; su hijo Ne-Kau, Neco, las continúa. No es ménos griego ni ménos egipcio que él. Con un fin completamente griego, pero con un plan y un trabajo egipcios vuelve á emprender el proyecto de los Ramsés, y sacrifica 120.000 hombres para reunir, por medio de un canal, el Mediterráneo al Mar Rojo, y hubiera quizá dado fin á su obra si los sacerdotes, más perspicaces, no le hubiesen advertido que «trabajaba para los extranjeros.» Hizo construir triremes sobre el Mediterráneo y el Mar Rojo; hizo ejecutar, por los fenicios, el viaje al rededor del Africa, el cual se ha puesto en duda, pero está probado. En fin, quería llevar la guerra al fondo del Asia: sabía que allí estaba el peligro, y por otra parte la gloria de los Tutmés y de los Ramsés le movía. No pedía más que marchar hasta Babilonia, pero era necesario abrirse paso. La Palestina estaba en el camino, y no creyó prudente el rey de Judá dejar el paso libre á sus ejércitos.

Neco ataca á Josías y le bate en Mageddo; despues se apodera de Carchemis, y marcha contra Nabopolasar. Pero allí fué detenido: el hijo del rey de Babilonia, Nabucodonosor, le hizo experimentar una grave desgracia (2). Se retiró; vuelve á Jerusalem y para consolarse de su derrota, cogió á Joacas sin resistencia y le llevó á Egipto para hacerle figurar en un falso triunfo.

Despues de él, Psam-tik II, *Psammis*, ciñendo sus miradas (601), se traslada hácia el Sur y marchó contra la Etiopía; por lo demás,

(1) M. de Rouge, *op. cit.*

(2) Esta es la victoria cantada tan magníficamente por Jeremías.

se contentó con recordar la antigua sabiduría egipcia y con dar á los griegos, para los juegos olímpicos, consejos que no tuvieron en cuenta. *Apris, Uah-pe-ra-het* (1), el *Hofra* de la Biblia (595), volvió á comenzar las arriesgadas guerras de Asia; tuvo buen éxito y venció también, cerca del mar Itobal, al rey de Tiro. Entonces el orgullo se apoderó de él, y decía: *Esta costa es mia; yo soy el que la ha hecho.* Mandaba cortar las narices y las orejas á los mensajeros de malas nuevas. La dignidad real egipcia degeneró de nuevo, llegó á ser un despotismo oriental comun y sin grandeza.

Despues de haber sublevado á los indios contra la Asiria, el Faraon no pudo impedir la toma de Jerusalem y el Egipto: perdió para siempre los dominios que había poseído en Palestina. Al punto *Uah-pe-ra-het* se empeñó en una lucha contra la colonia griega de Cirene, en Libia. Era esta la primera vez que los helenos y los egipcios venian á las manos; los últimos fueron derrotados. Esta desgracia irritó á las tropas; un tal Ames-sa-neit, *Amasis*, enviado para reprimir la rebelion, la convirtió en provecho propio, y se hizo proclamar rey; el Faraon, vencido cerca del lago Marcsa, en Momemphis, se da muerte.

En otro tiempo ninguno subia al trono si no era de la casta sacerdotal, es decir, de entre los discretos y sábios; más tarde, los guerreros, antes de tomar el cetro, se hacian instruir y recibir en el colegio sagrado. Más tarde todavía, se habían entregado por completo en brazos de este predominio sacerdotal. Pero lo que no se había visto jamás es que un hombre del pueblo ostentase el glorioso manto: esto se vió, y aun este hombre había sido ladrón. Amessa-nit comprendió su papel; la preocupación egipcia estaba en toda su fuerza contra él; no se habituaba á verle en el palacio de los Faraones en Sais. Se retiró de él por una especie de astucia sacrilega: de un jarro para lavar los piés hizo un Dios, y con semejante título, los egipcios conocieron que se podía muy bien hacer de un ladrón un rey.

(1) Este nombre quiere decir: Ra (el gran Dios, el sol) engrandeció su corazón.



Por otra parte, se unió á las tradiciones antiguas; dió lecciones de filosofía á Solon. Para impedir el brigandaje y por recuerdo de su antiguo estado, dispuso que cada año todos los egipcios se presentasen á los sacerdotes para hacer declaracion de sus medios de subsistencia. Al mismo tiempo ayudó á la reconstrucion del templo de Delfos, levantó el pórtico de Sais, le adornó de estatuas y de androsfiniges y colocó allí un monólito traído de Elefantina en tres años por dos mil barqueros (1). En el exterior hizo alianza y amistad con Cirene, á quien debia el trono; sometió á Chipre. Pero no ignoraba cuán débil era el Egipto, á pesar de sus veinte mil ciudades, contra el Asia; pensaba asimismo que *era tan endeble como una caña*. Cuando oyó el ruido que produjo al caer Babilonia, tembló por Menfis; se humilló ante Ciro; los persas no debian llegar á ser ménos bajo su hijo Psam-tik III con Cambises.

Aquella invasion es más dura todavía que la de los griegos. La Grecia ha arrebatado su

(1) Hay en el museo del Louvre un naos monólito que data de Amessa-neit. Es de una sola piedra, procedente de las canteras de Elefantina.

misterio al Egipto, le ha arrancado gran parte de su falsa ciencia; ella en cambio le ha importado ideas muy erróneas de religion, y muy malas tablas de astronomía. Desde el día en que el santuario se abrió al público, estaba profanado; la espada de los persas va á pasar tras la curiosidad griega.

Y sin embargo el Egipto subsistirá; está arraigado al suelo y á sus viejas instituciones. En el fondo de las costumbres nuevas y extranjeras, el carácter de los hijos de Cam no se extinguió; si se trata de aniquilarle, nada se consigue, porque es duro como los cráneos egipcios que Herodoto encontraba en el campo de batalla, y resistian á los golpes de la más dura piedra. Pero ¿qué importa que este nombre, que este carácter, que estas instituciones sean inquebrantables? Todas estas cosas pasarán como los monumentos, como los hombres, bajo todas las dominaciones, y no vivirán sino en una perpétua esclavitud.

Nos hemos detenido en lo relativo á esta época de Egipto, siguiendo á M. Riancey y otros eruditos historiadores franceses, que son los que, con un entusiasmo admirable, cultivan y desentrañan las antigüedades egipcias.